

JUAN VILLORO

Tiempo
transcurrido
(CRÓNICAS IMAGINARIAS)



POPULAR

COLECCIÓN POPULAR

363

TIEMPO TRANSCURRIDO

JUAN VILLORO

TIEMPO
TRANSCURRIDO
CRÓNICAS IMAGINARIAS



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición (Biblioteca Joven), 1986
Segunda edición (Colección Popular), 1987
Tercera edición, 2001
Tercera reimpresión, 2013

[Primera edición en libro electrónico, 2015]

Villoro, Juan

Tiempo transcurrido. Crónicas imaginarias / Juan Villoro. — 3ª ed. — México : FCE, 2001
99 p ; 17 × 11 cm — (Colec. Popular ; 363)
ISBN 978-968-16-8209-5

1. Cuentos mexicanos 2. Literatura mexicana — Siglo xx I.
Ser. II. t.

LC PQ7297

Dewey M863 V759t

Distribución mundial

D. R. © 1986, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Paola Álvarez Baldit

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-8209-5 (rústico)
ISBN 978-607-16-31275 (electrónico-epub)
ISBN 978-607-16-31343 (electrónico-mobi)
ISBN 978-607-16-40598 (electrónico-pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

A JOSÉ AGUSTÍN

Hemos vivido estos veinte años
¿Tendremos que morir durante
los próximos cincuenta?

DAVID BOWIE

RESCATE TEMPORAL

NADA MÁS COMPLICADO que los principios y los fines. ¿Cuándo empezamos a contar?, ¿cuándo nos detenemos? Nuestros diez dedos le han dado al sistema decimal un carácter concluyente; podemos asir el 10 y sus múltiplos. Manos sobre el tiempo: décadas.

En México la historia se suele presentar en números redondos: 1810, 1910. Un libro que va de 1968 a 1985 parece un reloj con la carátula resquebrajada.

Gogol sabía de la incomodidad de las cifras disparajas. Sus sátiras son eficaces, entre otras cosas por la continua refutación de los números redondos. Los personajes tienen el tiempo justo para fumar la tercera parte de un cigarro y recorren distancias de diecisiete versts y media. El tiempo de este libro transcurre con un desorden similar. Años como vidrios rotos.

Las crónicas se inician con el movimiento estudiantil y se detienen antes del terremoto. Los que éramos niños en 1968 vimos la historia desde las banquetas. Las manifestaciones pasaban de largo y se perdían en un impreciso telón de fondo, un paisaje alterado por las balas.

Algo parecido sucedió con el rock. A los doce años me enteré de una noticia que me dejó estupefacto:

estábamos entrando a la era de Acuario. El rock era tan inquietante y lejano como el movimiento estudiantil. Habíamos llegado tarde a los Grandes Acontecimientos. Debutamos en el kínder mientras Dylan debutaba en el festival de Newport. *Tiempo transcurrido* es una manera de cobrar venganza, de rescatar sucesos no vividos, de inventar el pasado. También es un ejercicio de sustitución, un intento de hacer literatura a partir de la música.

Vale la pena precisar lo que el libro no es. *Tiempo transcurrido* no tiene pretensiones de fresco histórico ni de panorama representativo de una generación. He tratado, simplemente, de imaginar historias a partir de ciertos episodios reales y de un puñado de canciones.

Si el novelista busca la creación de un mundo único, irrepetible, el cronista, en cambio, asimila todo tipo de lugares comunes. Las crónicas imaginarias son una combinación de ambos procedimientos. Como Arlecchino, el personaje de Goldoni, este libro sirve a dos patrones: uno le da órdenes realistas, el otro fantásticas.

Mil novecientos sesenta y ocho fue el punto de partida en la cuenta de los años. Escribí la crónica de 1985 antes del terremoto. La destrucción de la ciudad hizo que esa fecha cobrara otro sentido. Sin embargo, no quise alterar el texto. No puedo pensar en el sismo como asunto literario; desconfío de los que en momentos de peligro tienen más opiniones que miedo.

Pero tampoco puedo seguir acumulando años hasta llegar a un prestigiado múltiplo de 10. Hace tiem-

po recogí una moneda que sólo compraba las cosas de antes. Agoté su valor en estas crónicas. Como en los teléfonos públicos, ha llegado el momento de buscar otra moneda.

J. V.

Ciudad de México, noviembre de 1985